

Herminia Gil Guerrero
Poética narrativa de Jorge Luis Borges
Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 2008

Gil Guerrero enfoca cuestiones que han ocupado gradualmente a la crítica: “¿es Borges un crítico literario en el sentido lato del término?, ¿es posible hablar de una poética de la narración coherente en el corpus crítico del autor?” (9). A este respecto, estudia textos “críticos” y relatos que Borges publicó entre 1935 y 1975. Para ello ha dividido el volumen en una parte dedicada a “la crítica practicante” y otra a “la praxis cuentística”. En la primera, Gil Guerrero distingue un momento inmanentista de otro recepcionista, vinculando los “postulados estéticos” de Borges con la historia y literatura argentinas del período 1930-1940. La segunda parte abarca tres apartados. Conclusión y bibliografía completan el volumen.

Gil Guerrero no establece qué textos debemos atribuir al “Borges crítico”. Clave para entender la “obra crítica” serían el período ultraísta y “la acusada influencia” de Poe en cuanto a brevedad, unidad de efecto, reacción ante el idealismo romántico, preeminencia del cuento y énfasis en la narración sobre la descripción. Las citas de Poe que probarían esta filiación no siempre resultan pertinentes: la duplicación de versión inglesa y traducción española dificulta la lectura. A continuación, Gil Guerrero asimila el inmanentismo de Borges (que derivaría de Poe) a los postulados del formalismo ruso. Un tanto oblicuo, el argumento reviste cierta vaguedad: “El concepto de *des-anquilosamiento* borgiano se acerca a los términos de *extrañamiento* y *desautomatización* que paralelamente se desarrollan en el seno del Formalismo ruso” (37). La distancia histórica, literaria y contextual que separa a Borges de Poe exige reservas y algún matiz.

Supuesta la línea inmanentista Poe-formalismo, se analiza la cuestión de la *recepción* en Borges, la “hora del lector”. Se reitera el procedimiento; los *Textos recobrados* son puestos en relación con teóricos contemporáneos, especialmente Mukarovsky: “[B]orges anticipa de algún modo el camino que habría de recorrer la crítica literaria (...) hacia una ciencia interesada por el *hecho literario* entendido como *hecho comunicativo* en el que el lector acaba desarrollando un papel fundamental” (49). Borges, además, se inclinaría por una concepción semiótica similar a la de Peirce. La autora parece prever objeciones: “[¿C]onoció Borges los avances que la teoría de la literatura conseguiría en el momento que él desarrolló su propia tesis semiótica? Es imposible responder a esta pregunta.” (50). Además, Gil Guerrero recurre a la reseña de Borges, de 1938, a *Introduction à la Poétique* de Valéry, para sostener que ambos se adelantaron a “la Escuela de Constanza y la Estética de la recepción”. Las ideas de Jausse esclarecerían “la vaga y abstracta propuesta borgiana” (55). Una vez más, Gil Guerrero advierte el peligro de “comparar una teoría literaria con una propuesta de un *crítico practicante*” (55).

En el siguiente apartado, quizás el menos cuidado de la obra, la autora relaciona la “poética borgesiana” con el contexto argentino: “Con su llegada a Buenos Aires en 1921, Borges comenzó a actuar en la literatura de su país desde los medios de difusión masiva” (66). Es discutible el carácter de “medios masivos” de *Prisma*, *Proa* o *Nosotros*. Por otra parte, se reiteran los postulados de B. Sarlo en *Borges. A Writer on the Edge* (1993), sobre criollismo urbano, las *orillas*, el ultraísmo como vanguardia tardía, la relectura de la tradición gauchesca y del modernismo: hubiera sido necesario enfatizar el carácter *estratégico* de los textos de Borges durante esta época.

Interesan a la autora la práctica y “teoría” del fantástico y el policial en Borges: de sus reseñas de textos policiales se desprendería “una normativa del género”, un “verdadero código”. La insistente búsqueda de filiaciones conduce a una paradoja: ¿“copió” Borges postulados ajenos o desarrolló efectivamente una poética? “[E]l código policial borgiano de 1935 puede considerarse una breve síntesis de los códigos de sus maestros Poe y Chesterton” (nota 35, 142). De modo llamativo, se omiten referencias a la obra en colaboración con Bioy Casares.

Si la primera parte presenta algunos problemas, la dedicada a la narrativa, en su estructura monográfica, no aporta nuevas perspectivas y el modelo de análisis propuesto (“[L]o fantástico debe entenderse como el resultado de un conjunto de transgresiones de distinta naturaleza que tienen lugar en el nivel semántico, fundamentalmente, pero no en exclusiva”, 124) no resulta productivo. De la misma manera, los resúmenes de textos, que el lector de Borges conoce, son muy extensos y se advierte cierta confusión en los niveles de análisis. Por ejemplo, en lo relativo a “Los teólogos”: “[Los grupos heréticos] llevan a cabo una lectura de San Agustín, considerando ortodoxo lo que él había refutado como hereje y, por tanto, dando una nueva significación a sus palabras fruto de *una relectura afectada por el paso del tiempo y el horizonte de expectativas de los sectarios.*” (129, énfasis mío), o respecto de “El Aleph” (135). No resulta sorprendente que las conclusiones sean excesivamente generalizadoras.

Pasajes de redacción confusa (véase, por ejemplo, 58, 60, 175, 179) o erratas (referencias a “Historia de Rosendo Suárez”, 162 y 168) son menos importantes que los puntos discutibles ya señalados. Estos pueden explicarse, tal vez, por la falta de una adecuada problematización acerca de qué pudo significar la crítica en la obra de Borges. Al privilegiar la producción inicial de Borges, el libro de Gil Guerrero carece de una interpretación rigurosa de las divergencias y convergencias entre textos cronológicamente distantes: inferir una poética a partir de textos separados por décadas, y por la evolución misma de la escritura de Borges, arroja resultados dudosos.

En un estudio incluido en *Otras inquisiciones*, Borges alude al carácter vasto e incomunicado de la literatura. La idea no es menos aplicable al ámbito de la crítica: es casi inevitable leer el trabajo de Gil Guerrero a la luz del excelente libro de S. Pastormerlo, *Borges crítico* (Buenos Aires: FCE, 2007) la omisión más significativa de la bibliografía (junto con Sarlo, “Borges en *Sur*: un episodio del formalismo criollo”, *Punto de vista* 16).

Es probable que las lecturas de Borges más sugestivas no son aquellas que lo asimilan a escrituras ajenas o campos disciplinares: tal vez sea necesario salir de Borges, leerlo como un escritor “prescindible”, “extraño”, y sólo entonces, una vez más, abocarnos a entender cómo fue posible su literatura.

Román Facundo Espino
Universidad Nacional del Sur